

De la tala al brote: tejiendo narrativas colectivas del nacimiento de la Huerta Polakas como iniciativa estudiantil autogestiva en la FCPyS, UNAM

From Felling to Sprouting: Weaving Collective Narratives of the Emergence of the Huerta Polakas as a Self-Managed Student Initiative at FCPyS, UNAM



Metzi Rodriguez Gonzalez*
Dulce María Espinosa de la Mora**
Pavel Alonso García Magdaleno***
Yareli Flores Dávila****
Ivonne Karen Cuevas Vega*****

DOI: <http://DOI.ORG/10.52501/cc.476.05>

Resumen

La Huerta Polakas es un proyecto estudiantil universitario que surgió como acto de protesta ante la tala de 19 árboles en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Esta decisión, tomada por las autoridades sin consulta previa a estudiantes, docentes y trabajadores, generó una profunda indignación que derivó en procesos de organización colectiva. A partir de este contexto, se conformó una red comunitaria sostenida en vínculos de colaboración y afecto, capaz de resignificar el territorio mediante prácticas de aprendizaje, cuidado y trabajo colectivo. El presente artículo adopta una perspectiva narrativa, descriptiva y reflexiva para analizar el primer año de este espacio de encuentro en un contexto atravesado por la crisis climática, y el despojo de los espacios comunes, planteándose como una respuesta social que articula dimensiones académicas, afectivas y políticas. Asimismo, se examinan los procesos organizativos, las tensiones y las mediaciones que han configurado a la

* Bachiller. Tesista de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México. ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-8080-9584>. Correo electrónico: metzi.rodriguez@politicas.unam.mx

** Maestra en Antropología. Docente del Centro de Estudios Antropológicos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1554-1689>. Correo electrónico: dulce.espinosa@politicas.unam.mx

*** Doctor en Estudios Mesoamericanos. Docente del Centro de Estudios Antropológicos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-9195-382X>. Correo electrónico: pavelalonso.garciam@politicas.unam.mx

**** Bachiller. Tesista de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México. ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-9153-9612>. Correo electrónico: yarelfloresdav@gmail.com

***** Maestra en Periodismo sobre Políticas Públicas. Profesora de asignatura en Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México. ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-9852-2661>. Correo electrónico: karen.cuevas@politicas.unam.mx

Huerta Polakas como un espacio de saberes en torno a la soberanía alimentaria, y la agroecología. A partir del registro e interpretación de experiencias significativas, el texto busca superar dicotomías como teoría/práctica, individuo/colectivo y naturaleza/cultura, evidenciando el potencial de las huertas universitarias como espacios de autogestión y autoaprendizaje.

Palabras clave: *acción colectiva, autogestión, multiespecie, sentipensar, soberanía alimentaria.*

Abstract

The Huerta Polakas is a university student project that emerged as an act of protest following the felling of 19 trees at the Faculty of Political and Social Sciences (FCPyS) of Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). This decision, made by authorities without prior consultation with students, faculty, and staff, generated profound indignation that led to processes of collective organization. Within this context, a community network was formed, sustained by bonds of collaboration and care, capable of re-signifying the territory through practices of learning, care, and collective work. This article adopts a narrative, descriptive, and reflective perspective to analyze the first year of this space for encounter in a context marked by the climate crisis and the dispossession of common spaces, positioning itself as a social response that articulates academic, affective, and political dimensions. Furthermore, the study examines the organizational processes, tensions, and mediations that have shaped Huerta Polakas as a space of knowledge around food sovereignty and agroecology. Through the documentation and interpretation of significant experiences, the text seeks to move beyond dichotomies such as theory/practice, individual/collective, and nature/culture, highlighting the potential of university gardens as spaces of self-management and self-directed learning.

Keywords: *collective action, self-management, multispecies, sentipensar, food sovereignty.*

Introducción

A inicios de 2025, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) experimentó una serie de intervenciones institucionales derivadas del nombramiento de una nueva dirección. Estas acciones fueron presentadas como medidas orientadas a la mejora de los espacios universitarios y al ordenamiento de las actividades estudiantiles; sin embargo, se implementaron de manera unilateral, sin procesos de consulta ni participación de la comunidad universitaria. Esta forma de intervención generó un quiebre en la relación entre estudiantes, docentes y trabajadores con su entorno cotidiano, al limitar su capacidad de agencia sobre los espacios que habitan. Como resultado, emergió un malestar colectivo acompañado de una percepción de despojo territorial y simbólico.

Entre las modificaciones realizadas, destacaron el blanqueamiento de muros —que previamente funcionaban como espacios de expresión gráfica, identidad y memoria— y la tala de 19 árboles, así como la poda de diversas especies nativas ubicadas en la parte posterior del

Edificio B de la Facultad. Este espacio, destinado al ocio estudiantil, se encuentra en colindancia con el ecosistema del pedregal asociado a la Reserva Ecológica del Pedregal de San Ángel (REPSA), lo que le confiere una relevancia ambiental particular. En este sentido, las intervenciones realizadas no solo modificaron el paisaje físico, sino que también alteraron un ecosistema que alberga especies nativas, contribuye a la regulación microclimática y sostiene diversas formas de vida, incluidos polinizadores como aves e insectos.

Las autoridades de la Facultad, particularmente la Secretaría Administrativa, justificaron la tala bajo el argumento de que los árboles se encontraban “muertos en pie” debido a una infestación fúngica. No obstante, no se presentó información pública que respaldara dicha afirmación, ni se dieron a conocer medidas orientadas a mitigar el impacto ecológico o a restaurar el espacio intervenido. Este hecho no constituye un episodio aislado, sino que se inscribe en una ausencia de iniciativas institucionales orientadas al cuidado ambiental, la educación ecológica y la recuperación de saberes agroecológicos. Cabe señalar que, en años previos, existieron intentos por impulsar proyectos agroecológicos en la FCPyS. En 2019, estudiantes de Sociología propusieron la siembra de una milpa en el espacio que actualmente ocupa la Huerta Polakas, mientras que otras iniciativas buscaron establecer huertas en distintas áreas de la Facultad. Sin embargo, estos esfuerzos no lograron consolidarse. El escenario cambió tras la intervención del área ubicada detrás del Edificio B (Figura 1).

Lo que anteriormente constituía un espacio con presencia de vegetación y biodiversidad fue transformado en un entorno degradado, caracterizado por tocones, tierra removida, restos vegetales y cascajo de construcción. Esta transformación configuró un paisaje percibido por la comunidad como un espacio de abandono, en contraste con su ubicación contigua a una reserva ecológica. Desde una perspectiva crítica, estas prácticas pueden interpretarse como formas de gestión del espacio que inciden directamente en la vida socioecológica del territorio. En este sentido, la intervención institucional no solo implicó una transformación material, sino también una reconfiguración de las relaciones entre la comunidad y su entorno, abriendo interrogantes en torno a las formas en que estos procesos son vividos, disputados y resignificados por quienes habitan el espacio.

Frente a este escenario, la indignación generada por la tala de árboles dio paso a procesos de articulación colectiva. Los estudiantes establecieron vínculos, que más tarde permitieron compartir inquietudes e imaginar alternativas para recuperar el espacio intervenido. De este proceso emergió la Huerta Polakas como una iniciativa orientada a la restauración ecológica y a la construcción de formas alternativas de habitar la universidad y la vida misma. Paralelamente, la configuración de la huerta como un “aula viva” respondió a la necesidad de replantear los modelos de producción y transmisión del conocimiento en el ámbito universitario. De esta forma, la Huerta se configura como un espacio abierto y vivo de aprendizaje situado que busca el diálogo continuo (Fontalvo-Buelvas et al., 2025). Es decir, un lugar de encuentro en el que se generan conocimientos condicionados por la perspectiva, la historia y la posición de quienes construyen los saberes (Villamea, 1999). Lo anterior mediante la articulación de experiencia, trabajo

colectivo, recuperación de saberes locales y reflexión, permitiendo reconstruir vínculos socioecológicos desde la práctica atravesada por relaciones sociales, intereses y múltiples experiencias de quienes habitan este entorno universitario.



Figura 1. Área de la actual Huerta Polakas en tres temporalidades diferentes. Fuente: Elaboración propia. *Nota:* Primera columna (2019): antecedentes de ocupación del espacio. Segunda columna (2022): desarrollo de la biodiversidad en la zona.

En este contexto, el objetivo del presente capítulo es documentar y analizar el proceso de construcción colectiva de la Huerta Polakas como una experiencia de autogestión estudiantil y aprendizaje agroecológico en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Lo anterior, a partir de las vivencias, prácticas y reflexiones de quienes integran el proyecto, se busca comprender los procesos organizativos, los aprendizajes situados y las dinámicas comunitarias que han dado forma a este espacio. Asimismo, el texto propone una articulación entre la narrativa experiencial y marcos teóricos, con el fin de sistematizar la práctica y visibilizar los saberes que han surgido del trabajo colectivo.

Métodos

El presente estudio se desarrolló bajo un enfoque cualitativo, orientado a documentar las experiencias, los sentipensares y las prácticas de quienes integran la Huerta Polakas. La investigación se basa principalmente en las vivencias de tres integrantes del grupo gestor —Karen Cuevas, Yareli Flores, Metzi Rodríguez—, quienes, además de participar activamente en el proyecto, son autoras del presente texto. Se empleó un enfoque etnográfico que partió de la

observación participante y la reconstrucción de experiencias colectivas por medio de entrevistas durante el primer año de la Huerta. La información se recopiló mediante reuniones de trabajo, diálogos colectivos, registros de experiencias, documentos de gestión interinstitucional y manejo de recursos públicos, así como revisión de material gráfico. Para la sistematización de la información, se ocuparon matrices analíticas que permitieron relacionar categorías conceptuales —como sentipensar, agroecología, soberanía alimentaria, acción colectiva y autogestión— con las experiencias documentadas en el espacio y una revisión bibliográfica con el objetivo de enriquecer la interpretación de los hallazgos.

Resultados

Soñar en colectivo

La tala de los árboles marcó un antes y un después en la vida cotidiana de la Facultad: fue una herida visible, un silenciamiento del espacio y de quienes lo habitaban. Sin embargo, esa pérdida también abrió la posibilidad de un brote. La Huerta Polakas surgió precisamente ahí, en el vacío que dejó el derribo, como gesto de memoria y de respuesta. Antes de que existiera la Huerta, apareció el deseo compartido de no dejar que ese lugar se convirtiera en ruina. La organización vino antes que la transformación del espacio: surgió de la necesidad del encuentro, de mirarse de frente y pensar juntxs qué hacer con lo que había sido arrebatado. La convocatoria del primer encuentro circuló a través de redes sociales en un grupo de Facebook de la comunidad estudiantil de la Facultad y la última semana de enero del 2025 se llevó a cabo la reunión inicial que daría origen a la Huerta Polakas. A este primer encuentro asistieron entre 15 y 20 personas y se realizó en el Jardín Digital, adyacente al espacio que actualmente ocupa la Huerta, desde donde se encontraban los restos de la tala. Entre los participantes estuvieron Metzti Rodríguez, Yareli Flores, José Chock, Abraham Becerril y Ángel Espinosa, por mencionar algunos, así como otras personas fundamentales para el desarrollo de la Huerta que canalizaron el malestar colectivo hacia un proceso organizativo y de construcción comunitaria:

El 11 de febrero se hizo la primera delimitación del espacio: una línea de piedritas y restos de cascajo conformaron la primera cerca. El 19 de febrero se hizo una segunda reunión, nuevamente en el Jardín Digital. Con un pequeño pizarrón Metz comenzó a explicar lo que tenía contemplado para el espacio: línea de milpa, línea de árboles frutales y jardín polinizador y para lograrlo había que limpiar el terreno, una labor que en ese momento parecía casi imposible. El 24 de febrero se realizó la primera limpieza oficial. Esta actividad continuó todo marzo y abril y gracias a ello se pudo surcar y sembrar la primera línea de milpa y definir su ubicación de este a oeste
(Karen Cuevas, Grupo Gestor, 2025).

Tras la ruptura del ecosistema y el daño a las especies que lo habitaban transcurrieron cuatro meses sin que la Facultad emprendiera acciones orientadas a la restauración del espacio. Por el contrario, estudiantes y docentes respondieron de inmediato, poniendo “manos a la tierra” para imaginar y comenzar a construir una alternativa. El Jardín Digital y la Huerta se convirtieron en el punto de encuentro para las reuniones en asambleas, para mirarse cara a cara y descubrir

cómo crear alianzas, amistades y vínculos. Ese círculo de personas que se fue tejiendo y expandiendo con nuevas ideas, permitió soñar en colectivo sobre cómo planear el espacio para aprovechar de manera eficiente adecuada los materiales cercanos.

A partir de entonces, los miércoles se establecieron como una práctica colectiva sostenida, dedicarlos a la Huerta no sólo transformó el espacio, sino también a quienes lo habitaban. El trabajo se organiza de manera recurrente, y las estrategias se construyen en respuesta a las necesidades de la Huerta y de la comunidad que comenzaba a crecer en torno a ella. Entre herramientas y semillas, se compartió comidas, experiencias del día a día, inconformidades y retos cotidianos. En ese convivir se sostuvo no sólo un proyecto, sino también una forma de mirar la vida. Conforme avanzó el trabajo, los cambios en el espacio se hicieron visibles y la difusión en redes sociales permitió que la Huerta fuera despertando el interés de más personas, lo que contribuyó a legitimar su presencia dentro de la Facultad. Además, desde el inicio, se buscó constantemente establecer acuerdos y relaciones con las autoridades de la FCPyS para presentar el proyecto de la Huerta como una alternativa de aprendizajes prácticos y agroecológicos necesaria en el contexto estudiantil. Paralelamente, se inició un proceso de tejido de redes con otros colectivos dispuestos a compartir saberes, materiales y herramientas (Figura 2).



Figura 2. Formas de organización de la Huerta Polakas. Fuente: Elaboración propia (2025).

La historia de la Huerta Polakas no puede comprenderse sin las colaboraciones que han conformado una red de apoyos y aprendizajes compartidos

La primera alianza se estableció con Legado GAIA, una organización juvenil dedicada a tejer resistencias territoriales frente a la crisis climática, que donó las primeras herramientas, fundamentales para iniciar las jornadas de limpieza del espacio. Posteriormente, se fortaleció el vínculo con la chinampa Alcira Sol de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con quienes se intercambiaron semillas, saberes y apoyo mutuo, construyendo una relación de hermandad entre huertas. Paralelamente, las redes sociales, particularmente Instagram, se convirtieron en un canal de visibilización y vinculación con una comunidad más amplia.

A través de mensajes y comentarios, distintas personas expresaron su afecto e interés por la Huerta Polakas, evidenciando un reconocimiento colectivo que trascendía la noción de proyecto para situarlo como un espacio vivo de encuentro y articulación. El trabajo gráfico impulsado por Mónica Luna y Carla Luna, estudiantes de Sociología y Comunicación dotó al proyecto de una imagen conceptual y de una propuesta artística que fortaleció el espíritu de solidaridad dentro del grupo y profundizó los vínculos con otras organizaciones, estudiantes de la Facultad y colectividades como el Cine Clú, el CaSi Cubo y la Olla Popular con quienes se compartieron luchas, perspectivas y el deseo común de transformar los entornos más inmediatos. Este trabajo permitió proyectar la Huerta hacia el futuro, con miras a posibilitar un relevo generacional y mantener el espacio vivo.

Sosteniendo la Huerta

Desde la noción de *sentipensar*, entendida como la integración entre “razón y pasión, cuerpo y corazón”, se reconoce que toda forma de conocimiento se encuentra atravesada por la afectividad y la experiencia vivida. El actuar colectivo de las y los integrantes de la Huerta Polakas fue construyendo su relación con el espacio y su planeación: emoción, pensamiento y acción encontraron su cauce en cada práctica sostenida. A través del trabajo con la tierra, las personas participantes fueron reconociendo que el aprendizaje no se limitaba a la adquisición de contenidos, sino que implicaba rehacer y resignificar el conocimiento desde la experiencia, al mismo tiempo que se producían procesos de autoconstrucción personal y colectiva.

En este proceso, la Huerta permitió restablecer vínculos sensibles con la naturaleza, induciendo pequeños cambios en las prácticas cotidianas y generando transformaciones que abarcaban dimensiones físicas, emocionales e incluso espirituales. Durante las jornadas de trabajo se hizo explícito el profundo significado del espacio y del proceso que se estaba gestando, además del compromiso sostenido en torno a la Huerta, el cual se expresó tanto en las jornadas de trabajo colectivo como en el intercambio de emociones, que contribuyó a fortalecer los vínculos entre lxs participantes del proyecto, así como en la consideración de los procesos, límites y tiempos individuales. Si bien la iniciativa surgió y comenzó a sostenerse entre un grupo de amistades, pronto el proceso adquirió una dimensión mayor, incorporando a personas nuevas y transformando las formas de relación entre quienes ya estaban involucradas. De este modo, se

fue constituyendo como un espacio de aprendizaje para la convivencia, en el que se reconocían los saberes y trayectorias de lxs demás, y se articulaban conocimientos previos con aquellos que emergen del hacer compartido.

Sembrar se convirtió en una experiencia pedagógica que enseñó paciencia y presencia: la tierra obligó a observar cómo las emociones se movían junto con el clima, los ciclos y las relaciones que se cultivaban. En ese acompañamiento mutuo se hizo evidente que pensar y sentir no operan como dimensiones separadas, sino como fuerzas entrelazadas que orientan las decisiones colectivas. Planear qué sembrar, gestionar recursos y organizar tareas implicó también atender el pulso emocional del grupo, abrir espacios de escucha y sostenerse en momentos de incertidumbre, celebrando cada pequeño avance como parte de un proceso común (Yareli Flores, Grupo Gestor, 2025). Si bien la Huerta Polakas se concibió y sostuvo como un proyecto colectivo, el tiempo invertido, la constancia en la participación y el involucramiento cotidiano hicieron que ciertas visiones particulares adquirieron un peso significativo en la organización y en el sentido que fue tomando el proyecto. Las miradas y reflexiones de Metz Rodríguez y Yareli Flores resultaron centrales, no como imposición de una dirección única, sino como un eje articulador que permitió dar continuidad, coherencia y horizonte al trabajo colectivo. Su presencia sostenida en las distintas etapas —desde la planeación inicial hasta las jornadas de trabajo, la gestión de vínculos y la reflexión sobre el rumbo del proyecto— contribuyó a que la Huerta se consolidara.

Si la Huerta Polakas fuera una persona, Metz y Yare serían sus madres. Desde su estado germinal ellas han estado ahí como una dicotomía indisoluble, como el sol y la luna, como la corriente y el agua de un río, como la mano derecha e izquierda; una define, la otra ejecuta y sin ellas la Huerta Polakas habría quedado en un intento más (Karen Cuevas, Grupo Gestor, 2025).

Parte de los marcos de reflexión que nutrieron el espacio de experiencias formativas fueron situadas en el ámbito académico. En particular, la clase de feminismo impartida por Natalia Tenorio y la de Antropología e Historia Crítica Multiespecie de David Varela funcionaron como semillas conceptuales que hicieron posible el articular una perspectiva de género, cuidado y relación con la tierra dentro de la Huerta. Estos cursos posibilitaron el diálogo con prácticas colectivas de cuidado y reflexión crítica, sus posturas se reflejaron de manera concreta en la elección del nombre del proyecto como *La HuertA*, no como un simple juego tipográfico, sino como un posicionamiento político y simbólico desde una mirada ecofeminista. La “A” subraya la centralidad de las mujeres y las disidencias sexogenéricas que han sostenido el espacio: quienes han cuidado la tierra, organizado las jornadas, gestionado redes, confrontado a las autoridades y mantenido vivo el proyecto desde la sensibilidad, creatividad y el trabajo cotidiano han sido, principalmente, mujeres como Leslie Sánchez, Azul Reyes, Itzel Áviles, Aide Sánchez, Paloma del Ángel, Leticia de León, Brenda Olvera, Verónica del Ángel, Norma Alejandro, Nicole Jiménez, entre muchas otras (Figura 3).

Nombrarla HuertA es también una forma de reivindicar la relación histórica entre los cuerpos feminizados y las labores de cuidado, no para reproducir estereotipos, sino para

dignificar saberes que han sido desvalorizados por sistemas patriarcales y extractivistas. El lenguaje no solo refleja la realidad social, sino que contribuye activamente a construirla, de modo que las formas de nombrar inciden directamente en los procesos de visibilización o invisibilización de determinadxs sujetxs. La elección de una forma lingüística que enfatiza lo femenino no constituye un gesto superficial, sino una estrategia política que busca intervenir en el orden simbólico, cuestionando las jerarquías implícitas en el uso tradicional del lenguaje.



Figura 3. Integrantxs de la Huerta Polakas. De izquierda a derecha: Metzi Rodríguez, Mónica Luna, Leslie Sánchez, Yareli Flores, Carla Luna, Karen Cuevas, Pavel García, y otrxs. Fuente: Elaboración propia (2025).

Sin embargo, el papel de Huizache Badillo, Luis Guadarrama, Adrián Ceballos, Uriel Morlett, Denzell Murillo, Marco Blando, Abraham Becerril, Iñaki Mora, Ángel Espinosa, Dizzy Dixon, ha sido clave porque han sostenido diversas tareas como las labores físicas más pesadas: romper las piedras, usar la carretilla, el pico y el marro, así como trasplantes, cernidos y planeación de algunos espacios. El proceso de cuidados y trabajo colectivo de la tierra permitieron generar reflexiones sobre nuevas formas de ejercer la(s) masculinidad(es) entre los integrantes del proyecto. La tierra se volvió una maestra que mostró que ningún proceso se sostiene sin cuidados, y que el crecimiento depende siempre de la interacción entre muchas manos y muchas formas de ver el mundo.

Los primeros brotes: relaciones multiespecie socioambientales

El entorno geográfico y socioambiental de la Huerta Polakas es complejo, debido a su posición dentro del campus universitario y en el límite de la Reserva Ecológica del Pedregal de San Ángel. Esta ubicación determinó muchas de las prácticas orientadas al cuidado de especies nativas y del geopedregal, las cuales llevaron a quienes forman parte del proyecto a comprender el vínculo entre las prácticas agroecológicas, el contexto ambiental y las relaciones multiespecie que se tejen en ese espacio. De acuerdo con su ficha descriptiva, el suelo de la REPSA es escaso y poco profundo; su sustrato está compuesto por roca volcánica originada a partir de la erupción del volcán Xitle, ocurrida hace aproximadamente 1,670 años, y su vegetación corresponde a un matorral xerófilo de alta elevación. Aunque la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales no forma parte de los núcleos centrales de la REPSA, su proximidad hace que los límites entre ambos espacios sean porosos y que sus dinámicas ecológicas se encuentren estrechamente vinculadas.

A diferencia de otras experiencias de huertos universitarios con fines educativos, la Huerta Polakas se desarrolló a partir de prácticas de autogestión y autogobierno, junto con un proceso de aprendizaje colectivo y autodidacta orientado al reconocimiento del entorno y de sus posibilidades para el cultivo. Esta forma de organización dio lugar a una curva de aprendizaje no prevista. Todo se desarrolló de manera orgánica, a través de la intuición, la curiosidad y la voluntad de hacer. Se plantaron las semillas que llegaban a las manos y se organizaron las camas de cultivo según las necesidades inmediatas del espacio. Fue un proceso de prueba y error: sembrar demasiado junto, regar mal, desconocer la importancia de nutrir el suelo, planear la distribución de las plantas pensando en la luz, la sombra, las asociaciones y las rotaciones.

Un evento importante que cambió este escenario fue la invitación al Segundo Encuentro de Huertos Universitarios (EHU), la cual permitió reorganizar todo el proyecto, rediseñar el espacio y entender la dimensión ambiental de un proyecto agroecológico universitario. Como resultado de los aprendizajes derivados de este encuentro, la reflexión en torno a la práctica de la permacultura, la soberanía alimentaria y la ética en la alimentación cobró especial relevancia. Esto fue particularmente significativo en un espacio habitado por personas con estilos de vida vegetarianos o veganos, lo que enriqueció a la Huerta mediante el intercambio de recetas y prácticas culinarias —como ceviche de lentejas, tacos vegetarianos y pan vegano— así como a través de los “menjurjes” que varias y varios compañeros llevaban para compartir. Estas dinámicas incluyeron jornadas organizadas en forma de tequio, entendido como una práctica de trabajo comunitario de origen mesoamericano, en la que el trabajo colectivo se acompaña de alimentos compartidos y, en algunos contextos, de pulque; en la Huerta, estas actividades contribuyeron de manera significativa al fortalecimiento de los vínculos entre sus participantes y a la consolidación de la vida comunitaria, como narra una de las integrantes:

Al aprender a cultivar nuestros propios alimentos (desde entender la calidad del suelo, la humedad necesaria, la luz, la sombra, los tiempos de riego y la paciencia que implica ver germinar una semilla) comprendimos el enorme esfuerzo que hay detrás de cada mazorca, cada rábano o cada hoja de lechuga. La espera se volvió una maestra: nos enseñó a valorar

lo que comemos, a reconocer que cada alimento es fruto de múltiples cuidados y que la comida no es un recurso abstracto, sino el resultado de una relación íntima entre tierra, tiempo y trabajo humano (Yareli Flores, Grupo Gestor, 2025).

Tras las experiencias desarrolladas en distintos espacios de aprendizaje agroecológico, durante las jornadas de trabajo en la Huerta, se volvió fundamental identificar, reconocer y documentar mediante registros fotográficos y audiovisuales en el perfil de Instagram, la diversidad de especies presentes en el territorio. Este ejercicio se vincula directamente con los objetivos del proyecto, orientados a la conservación de especies nativas y al fortalecimiento de la biodiversidad local. Entre las especies registradas se encuentran diversas aves como, la piranga roja (*Piranga rubrus*), el pinzón mexicano (*Haemorhous mexicanus*) y el salta pared cola larga (*Thryomanes bewickii*); insectos polinizadores como abejorros, abejas, palomillas y libélulas; mamíferos como tlacuaches (*Didelphis marsupialis*) y cacomixtles (*Bassariscus astutus*), reptiles como lagartijas del género *Sceloporus*, así como otros invertebrados, incluyendo mariposas del género *Papilio*, alacranes del género *Vaejovis* y tarántulas (*Aphonopelma anitahoffmannae*). La identificación de estas especies se apoya también en los registros de biodiversidad de la REPSA, lo que refuerza la relevancia ecológica del espacio dentro de Ciudad Universitaria. Este tipo de registro no solo funciona como memoria colectiva, sino también como una herramienta de divulgación ambiental que permite visibilizar la biodiversidad presente y fortalecer la apropiación comunitaria del espacio. En diálogo con las discusiones sobre la geobiodiversidad del Pedregal y la memoria ecológica del territorio, este proceso de reconocimiento permitió comprender la Huerta más allá de un espacio productivo.

En cambio, se configura como un entramado de relaciones entre especies humanas y no humanas, donde el cuidado, la observación y el reconocimiento mutuo son fundamentales para su sostenimiento. Desde una perspectiva multiespecie, estas prácticas permiten entender la Huerta como un espacio de coexistencia y corresponsabilidad, en el que la vida se sostiene a través de interdependencias. Así, la Huerta no solo produce alimentos, sino también relaciones: entre estudiantes, entre saberes y entre distintas formas de vida que habitan y configuran el territorio:

Siempre se ha reconocido a cada especie que nos hemos encontrado, tanto en el discurso, como en la práctica, tomando fotos de ese animal, identificando y ubicándolo, aun cuando consideramos que es plaga como el caso de las hormigas. Incluso en el taller multiespecie se mantuvo la reflexión abierta de cómo nos nombramos humanos y entrelazamos relaciones con los seres vivos que nos rodean y cómo ello forma parte de nuestra identidad (Metzi Rodriguez, Grupo Gestor, 2025).

A partir del reconocimiento de las especies que conforman la Huerta se fue construyendo un aprendizaje situado sobre las relaciones entre la naturaleza y los ciclos de la vida: la importancia de los polinizadores, de los microorganismos del suelo, de la sombra, la humedad y las plantas nativas del Pedregal. Este proceso permitió comprender la Huerta como un ecosistema vivo, sostenido por múltiples presencias y formas de cooperación, desde el cual se reivindica el cuidado de toda forma de vida como valiosa. Con la llegada de las lluvias de verano, nuevas

especies de plantas y animales comenzaron a hacerse presentes en la Huerta, como se describe a continuación:

*Las higuierillas brotaron en un ciclo que parecía infinito y en lo que antes solo había basura y cascajo, poco a poco empezó a ser visitado por mariposas, colibríes, catarinas, escarabajos y chapulines, entre otros seres. Sin embargo, el agua en exceso también “lavó” algunas plantas del incipiente jardín medicinal, una frambuesa murió y múltiples semillas de maracuyá (*Passiflora edulis*) que jamás germinaron, la composta se convirtió en hormiguero y los cempasúchiles, aunque resistieron las intensas lluvias, no tuvieron los suficientes nutrientes para florecer adecuadamente (Karen Cuevas, Grupo Gestor, 2025).*

En suma, la Huerta Polakas ha desarrollado un proceso particular de aprendizajes agroecológicos, socioambientales y multiespecie al haberse conformado de manera mayormente autodidacta. Sus conocimientos no surgieron bajo la guía directa de una figura experta académica, sino a partir del acompañamiento de proyectos similares, el intercambio de saberes y la experimentación colectiva, lo que favoreció la construcción de relaciones horizontales no solo entre pares, sino también entre distintos actores vinculados al espacio. La capacitación y los compromisos constantes de sus integrantes han propiciado la formación de relaciones bioéticas que se reproducen en la cotidianidad de la huerta a través de las decisiones que se toman dentro de este espacio como un proceso dinámico que se configura mediante el diálogo.

Formando lazos rumbo a la soberanía alimentaria

Actualmente, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM no cuenta con un programa educativo que incorpore de manera sistemática el aprendizaje situado ni las huertas escolares como herramientas pedagógicas para articular el bienestar ambiental, social y económico, como ocurre en otras experiencias universitarias. La ausencia de estas prácticas limita la adopción de enfoques integrales de sostenibilidad que vinculen la justicia social, la conservación de los recursos naturales y el desarrollo económico de forma conjunta. No obstante, en la licenciatura en Ciencias de la Comunicación, la profesora Karen Cuevas, a cargo de la materia *Comunicación para el Desarrollo Sustentable*, ha reconocido en la Huerta un espacio pedagógico que complementa y fortalece los aprendizajes desarrollados en el aula. En este contexto, la Huerta Polakas aún subsiste con la falta de reconocimiento institucional y una tensión sobre el uso y los límites de transformación del espacio.

Como parte de los esfuerzos por desarrollar un plan de trabajo y avanzar en la formalización del proyecto, a principios del 2025 se sostuvo una reunión con la Coordinación de Atención a Estudiantes (CAE), dependiente de la Secretaría General. Si bien la CAE tiene como objetivo impulsar iniciativas estudiantiles con pertinencia universitaria, en la práctica el apoyo brindado a la Huerta Polakas fue limitado, debido a su escasa incidencia en las decisiones relativas a la infraestructura de la Facultad, competencia de la Secretaría Administrativa. Cabe mencionar que posterior a un insistente proceso para contar con un espacio de resguardo de herramientas, se colocó sin previo aviso un cajón de madera sobre el pedregal, lo que no solo dificulta el acceso a las herramientas, sino que implicó

una alteración del suelo y un riesgo para el proyecto. Con el paso del tiempo y las lluvias, el cajón —nombrado por estudiantes como “ataúd” o “sarcófago”— se deterioró y quedó inservible (Huizache Badillo, Grupo Gestor, 2025).

Asimismo, durante el paro estudiantil y el periodo de clases virtuales de octubre a noviembre del año 2025 el acceso a la Huerta fue restringido, lo que obligó a quienes sostenemos el proyecto a entablar negociaciones con las autoridades para garantizar el mantenimiento básico del espacio. En contraste, la acción colectiva de las y los estudiantes permitió transformar el espacio mediante su apropiación, como respuesta a la indiferencia de las autoridades universitarias. El primer respaldo significativo para la obtención de herramientas básicas provino del Instituto de la Juventud de la Ciudad de México (INJUVE), organismo público orientado a impulsar la participación y el desarrollo de las juventudes, a través de su programa de Juventudes Autogestivas. Este apoyo no solo se tradujo en recursos económicos, sino también en el reconocimiento del proyecto a nivel gubernamental, en contraste con la limitada vinculación institucional desde el ámbito académico.

A partir de este impulso inicial, comenzó a tejerse la red de la Huerta Polakas mediante el reconocimiento y la colaboración con otros colectivos y organizaciones, como la asociación civil MICELIO, que aporta saberes en permacultura; Rizoma Casa Laboratorio, a través del acompañamiento de Sarai Flores; así como iniciativas de identificación de plantas comestibles con Quelite de Ciudad y la creación de lazos colaborativos con el Huerto de Santo Domingo, el Huerto *Xochitlayokan* y la Huerta *Culhua*, además, tras el Encuentro de Huertos Universitarios, se fortalecieron vínculos con el Huerto Tlatelolco y el Huerto de la Universidad Iberoamericana. Estas colaboraciones han ampliado las redes de solidaridad, confianza mutua y compromiso colectivo.

La Huerta como metáfora

El arte y la imaginación fueron elementos centrales para la Huerta Polakas, los cuales se pusieron en práctica durante la realización del primer taller de estencil, llevado a cabo para dar a conocer el imago tipo oficial de la Huerta (Figura 4). Este retoma elementos de la estética y la semiótica del mundo mexica: representa una mano alzada en resistencia que sostiene una mazorca —símbolo fundamental de vida, sustento y origen en las cosmovisiones mesoamericanas— acompañada del glifo olin (movimiento) y xóchitl (flor) asociado a la fertilidad, la belleza y la expresión, dispuesto a manera de muñequera, así como de dos tecpatl (pedernales) al fondo, que remiten a la fuerza, el sacrificio y la transformación.

En conjunto, estos elementos no solo evocan referentes prehispánicos, sino que resignifican la relación entre cultivo, identidad y colectividad, condensando en una imagen los sentidos contruidos a lo largo del proceso. También, en la Huerta Polakas, la religión opera como una metáfora que entrelaza diversas tradiciones espirituales, particularmente aquellas provenientes de los pueblos originarios y de saberes ancestrales. Estas prácticas honran la vida, la tierra y los vínculos que sostienen la existencia. Por ejemplo, al trazar la primera línea de milpa, se colocó

un *ojo de Dios* de la cultura *wixarika*, el cuál es un amuleto y símbolo de poder y protección. Asimismo, se llevó a cabo un ritual de fertilidad para bendecir las mazorcas destinadas a la siembra, y se celebró la fiesta de la Santa Cruz el 3 de mayo, con el propósito de pedir por el agua y las cosechas. Se colocaron el estandarte de la Virgen de Guadalupe y la figura de Coatlicue como gestos de identidad, sincretismo cultural y referencia al arquetipo universal de la figura de la Diosa Madre, la cual, entendida también como la Tierra dadora de vida y de sabiduría que protege y cuida, adquiere un papel central al constituirse como un eje ético y afectivo del proyecto.



Figura 4. Imagotipo de la Huerta Polakas. Fuente: Elaboración propia (2025).

En la Huerta Polakas las creencias no se presentan como sistemas doctrinales cerrados, sino como prácticas vivas que emergen de la experiencia compartida y del vínculo con la tierra. Más que adscribirse a una religión específica, quienes participan de estas manifestaciones movilizan un repertorio simbólico plural que articula elementos indígenas, católicos y comunitarios, configurando una espiritualidad situada que se construye en el hacer. Así, los rituales, las ofrendas y los símbolos no sólo expresan una dimensión trascendental, sino que operan como formas de organización del sentido, de cuidado colectivo y de afirmación de la vida frente a contextos marcados por la violencia, el despojo y la fragmentación.

El 29 de septiembre, con motivo del Día del Maíz (Figura 5), se realizó una cosecha simbólica —la primera de la Huerta Polakas— que fue ofrendada a la Virgen de Guadalupe, así como a la madre Coatlicue y la cual fue acompañada de las tradicionales cruces de flores de pericón, una ofrenda al dios *Tláloc* para proteger las cosechas de todo mal. El Cine Clú proyectó un documental que visibiliza las problemáticas que enfrentan las y los productores de maíz en el país, mientras que la Olla Popular organizó una piñata en forma de elote y ofreció champurrado preparado por Leslie Sánchez y su abuela Tere. La celebración concluyó con un *tokín* que emuló

los bailes sonideros de Iztapalapa. Este encuentro reunió a cerca de cincuenta personas y articuló a tres colectivos distintos unidos por una misma visión y un mismo sentir. En un contexto marcado por el paro universitario tras el asesinato de un estudiante de 16 años del CCH Sur, la celebración adquirió un sentido político y afectivo particular: mientras gran parte de la UNAM atravesaba un clima de violencia, incertidumbre y miedo, en la Huerta Polakas se sostuvo un espacio de cuidado, encuentro, goce y celebración de la vida. Estas prácticas permiten reconfigurar la relación entre lo humano y lo no humano, entre conocimiento y experiencia, y entre política y afectividad, desdibujando las fronteras entre lo religioso, lo comunitario y lo ecológico. En este sentido, las creencias que atraviesan la Huerta Polakas no sólo acompañan el proceso organizativo, sino que lo sostienen, lo dotan de sentido y contribuyen a la construcción de otras formas posibles de habitar el mundo.



Figura 5. Izq. Representaciones espirituales en la Huerta Polakas: Coatlicue, ojo de Dios, estandarte de la virgen de Guadalupe, Der. Rituales y celebraciones. Cosecha de lechugas, Día del Maíz. Fuente: Elaboración propia (2025).

Discusión

El proyecto de la Huerta Polakas se inscribe en un conjunto más amplio de experiencias agroecológicas que buscan replantear la división sociedad-naturaleza frente a la hegemonía de los sistemas alimentarios industrializados (Rodríguez-Haros et al., 2013). Esta huerta universitaria se concibe bajo un enfoque multiespecie, lo que significa que deja de entenderse como un espacio centrado únicamente en los seres humanos y los cultivos, para reconocerse como un sistema vivo donde interactúan múltiples especies como plantas, animales, insectos, hongos y microorganismos que cohabitan, coevolucionan y co-construyen el espacio (Kirksey y Helmreich, 2024). Además, esta huerta se encuentra atravesada por el ecofeminismo, ya que no solo produce alimentos, sino que también cuestiona y transforma las relaciones de poder,

cuidado, conocimiento y trabajo que se dan en su interior y con la naturaleza. Es decir, incorpora principios ecológicos y feministas en su organización, prácticas y sentidos (Puleo, 2017). La huerta visibiliza tareas históricamente invisibilizadas como sembrar, regar, alimentar, guardar semillas, cocinar; entendiéndolas como trabajos fundamentales para la sostenibilidad de la vida, no como actividades secundarias.

En este marco, la experiencia de Huerta Polakas dialoga con iniciativas como Casa de los Cirios: Centro de Agroecología y Cultura Comunitaria, donde se plantea la urgencia de construir “nuevas formas de relación con el entorno” (López Toledo e Ibarra Ramírez, 2025). En consonancia con esta perspectiva, la Huerta se vincula con los ciclos ecológicos del territorio de la REPSA y problematiza el papel de la comunidad universitaria en la generación de impactos ambientales (Pérez-Escobedo, 2013). Lo anterior, promoviendo una conciencia situada sobre las formas de habitar el espacio universitario de manera más responsable. Asimismo, la soberanía alimentaria se configura y articula con otras experiencias agroecológicas que buscan fortalecer la autonomía, el cuidado del territorio y la producción sustentable de alimentos.

De manera similar a lo planteado por el Colectivo Agroecológico Teocintle (Espinoza Magaña et al., 2025), donde se valora el acto de producir y consumir alimentos propios libres de agroquímicos, en la Huerta Polakas se rechaza el uso de semillas transgénicas y pesticidas, apostando por prácticas que fortalecen tanto la salud como la autonomía alimentaria. Más allá de lo productivo, estas experiencias coinciden en resaltar el componente afectivo y colectivo del cultivo, donde el trabajo compartido genera vínculos y resignifica el valor del alimento. En el plano pedagógico, la Huerta se aproxima a propuestas como lo relatado en el artículo “Experiencias y aprendizajes del Centro Agroecológico Amealco”, concebido como un “laboratorio social” en el que convergen saberes, prácticas y cosmovisiones (Salvador y Romero, 2025). Esta perspectiva se inscribe en los enfoques de la agroecología educativa, que subrayan su carácter transdisciplinario y su potencial para la formación de sujetos críticos y comprometidos con su entorno (Fontalvo-Buelvas et al., 2024).

En términos organizativos, la Huerta Polakas comparte con otros proyectos la centralidad del trabajo colectivo y la autogestión como principios fundamentales. Experiencias como la del *Colectivo Agroecológico Teocintle* subrayan la importancia de la participación comunitaria y el intercambio de saberes para sostener estos espacios lo cual también se refleja en las dinámicas de la Huerta mediante actividades colaborativas, redes y vínculos con otros colectivos. No obstante, la autogestión se caracteriza por ser flexible y en construcción, anteponiendo la participación voluntaria, la iniciativa individual y el fortalecimiento del sentido de identidad, más que de estructuras rígidas o jerárquicas (Fals, 2009).

Finalmente, al compararse con la milpa-huerto de la Facultad de Ciencias de la UNAM, se observan tanto convergencias como contrastes (Gutiérrez-Navarro et al., 2024). Ambas iniciativas entienden el espacio como un proceso autogestionado que, a través del trabajo colectivo, permite la reflexión sobre los agroecosistemas y la construcción de relaciones comunitarias (Castro Martínez et al., 2023). Sin embargo, mientras la milpa-huerto ha avanzado hacia una mayor

institucionalización —con planificación formal, asignación de responsabilidades y acuerdos institucionales— la Huerta mantiene un carácter abierto y horizontal. Esta diferencia refleja no solo distintos niveles de consolidación, sino también apuestas organizativas distintas: una orientada a la estabilidad estructural y otra a la experimentación e imaginación colectiva.

Conclusión

La Huerta Polakas llega a su primer año como un proyecto vivo que afirma, en la práctica, que los huertos universitarios pueden funcionar como espacios pedagógicos, sociales y ambientales dentro de la universidad. Su existencia demuestra que el aprendizaje situado, la autogestión y las prácticas agroecológicas se sostienen cuando se reconoce y se respeta la riqueza biosociocultural y ambiental que ya habita el territorio. La Huerta no ocupó un espacio vacío: abrazó un territorio vivo, al que lxs integrantes se reconocen vinculadxs y al que decidieron sumarse desde el cuidado, la responsabilidad y el respeto. Frente a modelos académicos verticales y despolitizados, la Huerta Polakas plantea otra forma de habitar la Universidad. Aquí el conocimiento no se impone ni se jerarquiza: se construye colectivamente, se cuida y se comparte. La experiencia señala la urgencia de que las universidades reconozcan la importancia de generar contextos seguros, horizontales y libres de violencia, donde puedan expresarse sentipensares, saberes situados y formas colectivas de aprendizaje que integren lo afectivo, lo político y lo ambiental. La Huerta es también una apuesta ética y política por la organización estudiantil. En ella se ejercitan la toma de decisiones colectiva, la resolución de conflictos con empatía, la responsabilidad afectiva y el cuidado mutuo como principios irrenunciables.

En este sentido, participar en la Huerta implica asumir que no hay líderes únixs, que la seguridad es responsabilidad compartida y que la vida —humana y no humana— es el centro del proyecto. Los desafíos que se abren no se limitan a la permanencia del espacio, sino a la posibilidad de expandir la visión que le dio origen más allá de la Facultad, hacia otros territorios y espacios sociales. Lxs estudiantes y docentes que participan en la Huerta han desarrollado resiliencia, liderazgo y conciencia de su propia agencia: aprendiendo que es posible organizarse, actuar colectivamente y materializar ideas sin esperar autorización. En este proceso se ha fortalecido la autoestima, la confianza y el vínculo con la naturaleza, al tiempo que se aprenden y transmiten saberes tradicionales y milenarios, día con día.

La Huerta Polakas no es solo un huerto: es una forma de hacer Universidad, una práctica de resistencia cotidiana y una apuesta por la vida, el cuidado colectivo y la dignidad de habitar el territorio.

Referencias bibliográficas

- Castro Martínez, O. R., Velázquez Cigarroa, E., & Fontalvo-Buelvas, J. C. (coords.) (2023). *Agricultura, huertos educativos y transformaciones socioecológicas: Experiencias significativas en México*. Azul de Samarcanda Ediciones.
- Espinoza Magaña, I. P., Ávalos García O., & Torres Fraga, F. (2024). Colectivo Agroecológico Teocintle: Comunidad de aprendizaje, cuidado de la naturaleza y agroecología en Zapopan, Jalisco. En

- Fontalvo-Buelvas, J. C. (coord.). *Comunidades de aprendizaje para las agroecologías: Experiencias desde colectividades, escuelas campesinas, redes, asociaciones civiles e instituciones educativas* (pp. 128-155). Comunicación Científica. <https://doi.org/10.52501/cc.354.06>
- Fals, O. (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina*. CLACSO.
- Fontalvo-Buelvas, J. C., Castro Martínez, O. R., & Tello García, E. (coords.) (2025). *Educación para la sustentabilidad: Experiencias y estrategias desde aulas, huertos y comunidades*. Universidad CESMAG. <https://doi.org/10.15658/CESMAG25.20060100>
- Fontalvo-Buelvas, J. C., de la Cruz Elizondo, Y., & Castro Martínez, O. R. (coords.) (2024). *Huertos en instituciones de educación superior: Relatos y Experiencias desde México*. Comunicación Científica. <https://doi.org/10.52501/cc.191>
- Gutiérrez-Navarro, A., Mora Van Cauwelaert, E., Moreno Mijares, J., Lara García, T., Hernández Hernández, B. E., Benítez Keinrad, M., & Alonso-Fernández, C. (2024). Sembrar una milpa-huerto como problemática para la autogestión e institucionalización: Caminos del aula como milpa en la Facultad de Ciencias, UNAM. En Fontalvo-Buelvas, J. C., de la Cruz Elizondo, Y., & Castro Martínez, O. R. (Coords.). *Huertos en instituciones de educación superior: Relatos y experiencias desde México* (pp. 122–139). Comunicación Científica. <https://doi.org/10.52501/cc.191>
- Huerta Polakas. [@huerta_polakas]. (2025, Sep 11). *Registro de biodiversidad en la huerta* [Post]. Instagram. <https://www.instagram.com/p/DOeqA7EgU28/>
- Kirksey, E., & Helmreich, S. (2024). El surgimiento de la etnografía multiespecie. *Revista Sarance*, 52, 10–42. <https://doi.org/10.51306/iosarance.052.02>
- López Toledo, Á. E. & Ibarra, Ramírez, J. Á. (2025). Una iniciativa rural en el semidesierto de Baja California. En Fontalvo-Buelvas, J. C., (Coord.), *Comunidades de aprendizaje para las agroecologías* (pp. 15-33) <https://doi.org/10.52501/cc.354.01>
- Pérez-Escobedo, H. M. (2013). *Antecedentes Pedregal: Plan de manejo adaptativo de la REPSA CU, UNAM* [Informe técnico]. Secretaría Ejecutiva de la REPSA, UNAM. <http://www.repsa.unam.mx/index.php/bases/ant-pma/ant-pedregal>
- Puleo, A. H. (2017). ¿Qué es el ecofeminismo? *Quaderns de la Mediterrània*, 25, 210–214.
- Rodríguez-Haros, B., Tello-García, E., & Aguilar-Californias, S. (2013). Huerto escolar: Estrategia educativa para la vida. *Ra Ximhai*, 9(1), 25–32. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=46127074004>
- Salvador, J. L. A., & Romero, J. E. (2025). Experiencias y aprendizajes del Centro Agroecológico Amealco: Su influencia en la transición agroecológica a nivel local y regional. En Fontalvo-Buelvas, J. C. (coord.). *Comunidades de aprendizaje para las agroecologías: Experiencias desde colectividades, escuelas campesinas, redes, asociaciones civiles e instituciones educativas* (pp. 54-73). Comunicación Científica. <https://doi.org/10.52501/cc.354.03>
- Villarmea, S. (1999). Conocimientos situados y estrategias feministas. *Revista Española de Estudios Norteamericanos*, 17–18, 219–235.